

SUEÑO Y PESADILLA DE ESPAÑA

ABE Osheroff es autor del documental «Dreams and Nightmares» («Sueños y pesadillas»), que ha sido estrenado en 1974. Abe Osheroff es carpintero de profesión, aunque tiene un título universitario del New York City College. Sus padres eran emigrantes judíos, obreros también. Creció en un barrio de trabajadores neoyorquino, Brooklyn, en los años de la Depresión, y, desde muy joven, tuvo conciencia de los problemas sociales. El estallido de la guerra civil española significó para él, como para otros jóvenes de su generación, la oportunidad de luchar por unos ideales bien definidos.

En la primavera del 37 se alistó como voluntario en la Brigada Abraham Lincoln, tomando parte activa en la guerra, en los frentes de Madrid y Aragón. En Belchite fue herido.

Regresó a España por primera vez en 1970. Recorrió los lugares en que había luchado hacía casi cuarenta años. Tras visitar Belchite, de camino a Zaragoza, vio la base aérea de los Estados Unidos en esa ciudad, y empezó a preguntarse: «¿Qué me hizo ir de Brooklyn a Belchite, en 1937? ¿Fue aquello todo en vano? ¿Se han de convertir todos nuestros sueños en pesadillas?».

Su reacción ante las bases, en líneas generales, es la misma que la descrita por M. Vázquez Montalbán, en «España-USA. Las bases» (TRIUNFO, núm. 633. Ver también los textos recogidos allí de J. de Yanguas Messia, A. Garrigues y F. María Castiella). Abe Osheroff, igualmente consciente de la grave-

dad y peligro de esos pactos, y, sabedor, a la vez, que el propio pueblo americano, muchos de sus sectores, ignora lo que las bases representan tanto para España como para USA, decidió hacer una película. Sintió, ante la base de Zaragoza, que debía denunciar y poner de manifiesto la política intervencionista de su país. También prevenir a los países, que tienen alianzas con el suyo, del peligro que pueden correr cara al futuro.

Francisco Caudet

«Dreams and Nightmares», narrado en primera persona, es el recuento de una experiencia personal, la de un excombatiente, y la expresión, desahogo personal y sincero, de los temores de que la historia se repita.

El documental ha ganado, en 1974, el primer premio del Festival de Leipzig, *Filme der Welt für den Frieden der Welt*. Mientras charlábamos, le comunicaron, por teléfono, que tiene grandes posibilidades de ganar el premio del *American Film Festival*, que se fallará, en Nueva York, en junio.

El documental ha encontrado muchas dificultades para su distribución en Estados Unidos, como, puede imaginar, va a tener en España. Nada más absurdo, pues contiene un mensaje que ninguno de los dos países debe desoir. De cualquier modo, se ha empezado a distribuir en otros países: Japón, Suecia, Unión Soviética, Francia, Alemania, etcétera.

Abe Osheroff, que tiene cincuenta y nueve años, vive solo en un pequeño piso, situado en una calleja que da al Océano Pacífico, a una de las playas de Valencia, barrio de Santa Mónica (California). Es un hombre cordial y sencillo. Por su físico, alto y corpulento, y sus casi blancas barbas, parece un guerrero medieval, algo cidiano. Llamaban la atención sus manos fuertes, de obrero; la sonrisa, franca; sus

ojos, muy expresivos, que suelen iluminarse.

FRANCISCO CAUDET.—¿Cómo se le ocurrió hacer el documental?

ABE OSHEROFF.—Bueno. En mil novecientos setenta volví, por primera vez, a España. Fue un viaje de placer y, al mismo tiempo, sentimental. Quise recorrer lo andado en mil novecientos treinta y siete y mil novecientos treinta y ocho. Fui a Malgrat (Barcelona), que es adonde llegué, a nado, en la primavera del treinta y siete. La vieja y desierta aldea se había convertido —¡qué sorpresa!— en una atracción turística. Me encontré con miles de turistas. Luego fui a Barcelona, a Madrid... En todas partes lo mismo, no había señales de la guerra; me pareció que ésta no había existido. Cuando llegué a Belchite no pude creer lo que veía: una ciudad completamente nueva. Pregunté a unos viejos que esta-

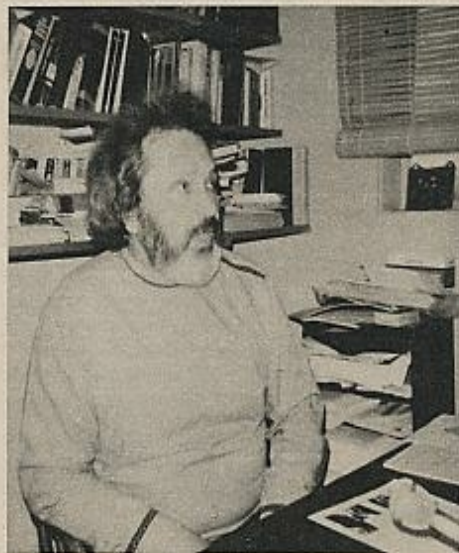
ban sentados al sol: «¿Es esto Belchite?». Me contestaron que sí. Pero al ver mi extrañeza, me dijeron: «¿Busca usted el viejo Belchite, el de la guerra?». Me indicaron que estaba cerca de donde hablábamos, tras una colina. Me dirigí en esa dirección, ansiosamente. Al llegar a la cima de la colina me encontré con las ruinas de mi Belchite. De golpe, el recuerdo de la guerra y de mis compañeros muertos se me hizo presencia, realidad. Me puse a llorar como un niño.

«Proseguí mi camino hacia Zaragoza en coche. De pronto vi un desvío que conducía de la carretera, de dos carriles, a un autopista. Me encaminé a la autopista y llegué a unas alambradas. Estaba frente a la base de Zaragoza. Sabía que existían bases en España, no era tan ingenuo. Sin embargo, acaso por el choque emocional de Belchite no podía dar crédito a lo que veían mis ojos.

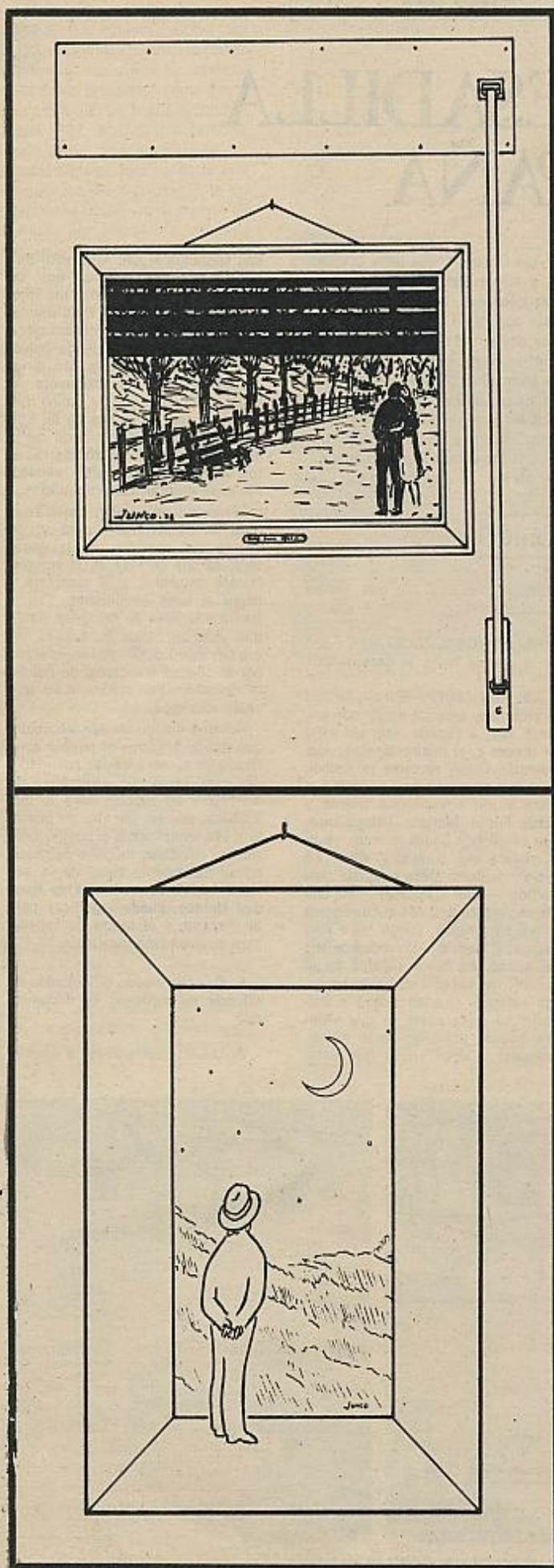
Así que decidí, en ese momento, que debía dirigirme al pueblo americano de manera visual, por medio del cine. Tenía que explicarles mi historia y mi repulsa ante lo que acababa, por así decirlo, de descubrir. Los americanos, el pueblo americano, e incluso muchos políticos, no se dan cuenta cabal de lo que estas bases, la presencia de Estados Unidos, puede significar para el presente y el futuro de España, para su evolución inevitable.

F. C.—¿Ha tenido dificultades en difundir su mensaje, su documental?

A. O.—Sí, muchas. Fui a los cin-



Abe Osheroff: denunciar a través del cine la política intervencionista de su país.



co canales más importantes de televisión en Estados Unidos. Todos se negaron a programarlo. Todos me dieron falsas excusas, menos el director de un canal, quien me confesó: «Nosotros vivimos de la publicidad. No podemos permitirnos el lujo de dar un documental en el que se hable de la participación ilegal de unas compañías, General Motors, Texaco, Dupont, etc., en la guerra de otro país. Perderíamos clientes, y todos esos son buenos clientes. Su film es excelente. Desafortunadamente, ningún canal se atreverá a programarlo. Esta es la realidad».

«Pero, de todos modos, el premio de Leipzig, la atención que le ha prestado la prensa, la acogida en muchas Universidades del país, voy a iniciar una gira por algunas de ellas, para mostrar el documental y dar conferencias... me hace creer que, al fin, el documental se abrirá camino. De hecho, unos senadores y miembros del Congreso han oído hablar del documental y quieren verlo. Esto supone que podría influir en la opinión del Senado y del Congreso. No olvidemos que están deliberando sobre un nuevo tratado. Además, los Estados Unidos parecen estar listos para iniciar una revisión de su política exterior.

«En fin, aunque tengo dificultades en difundir mi historia, tengo motivos para sentirme optimista.

F. C.—Camblando un poco de tema, ¿le resultó complicado alistarse en las Brigadas Internacionales y llegar a España?

A. O.—En efecto. Existía el Neutrality Act de la que le he hablado antes, y estaba prohibido incluso viajar por España. Solamente se permitía mandar medicamentos y alimentos. De ello se encargaba un Spanish Aid Committee. Y el tal Comité, a la vez, se encargaba de infiltrar voluntarios a España. Tenía contactos con unas organizaciones clandestinas en París. Allí fui yo. Se me condujo a Marsella. De Marsella, en barco, hasta la costa, cerca de Barcelona. Pero no se podía atracar en puerto alguno. Tuve que nadar unos cuatro kilómetros, hasta Malgrat.

F. C.—Y luego...

A. O.—Luego, Barcelona. Fui destinado a Tarazona de la Mancha, a un campo de instrucción. Me encontré con otros muchos americanos. Las Brigadas Internacionales estaban divididas en cinco Brigadas, según la lengua de los voluntarios. La Brigada Abraham Lincoln, a la que fui destinado, estaba integrada por americanos, canadienses, australianos e ingleses.

F. C.—Sobre su participación activa en la guerra...

A. O.—A las dos semanas de

instrucción, nos trasladaron al frente de Madrid, en verano de 1937. Luché en Brunete. Poco después, en el frente de Aragón, en Quinto y Belchite, en donde fui herido. Quise trasladarme a Fuentes de Ebro, pero el Ejército de la República, al ver que estaba herido, me «arrestó» y me mandó a Valencia. Una vez curado, estuve en Tarazona de la Mancha, haciendo de instructor de nuevos voluntarios. En el verano del treinta y ocho, abandoné España, poco antes de caer Vinaroz, quedando incomunicados Valencia y Barcelona.

«Quisiera añadir que mi participación en la guerra se debió porque entendí, para muchos estaba entonces claro, que luego ha demostrado la Historia y todos admiten, que no se trataba sólo de una guerra civil, sino de la preparación para algo mayor. Como comprendimos muchos, se acababa de empezar la segunda guerra mundial, en mil novecientos treinta y seis, en España.

F. C.—¿Le llevó a España también algún otro motivo, digamos de tipo emocional?

A. O.—En absoluto. Yo soy judío y España era para mí un país enemigo, un país que había expulsado hacía siglos a gentes de mi raza. Más bien, pues, tenía prejuicios. Fui, esencialmente, porque era una oportunidad de luchar contra el fascismo, de luchar por unos ideales en que creía firmemente. Por las mismas razones luché en la segunda guerra mundial. De todas maneras, el contacto con los españoles me reveló un mundo sin comparación, único. Empecé a sentir por España algo indescriptible... cómo expresarlo, algo como lo que se siente cuando uno se enamora por vez primera.

F. C.—¿Cómo se definiría, si me permite la pregunta, políticamente?

A. O.—Con mucho gusto le contestaré. Dudo de la perfección de cualquier sistema político. Creo en la libertad del hombre y cualquier sistema que ataque o ponga en peligro ese derecho es enemigo mío. La libertad no es ni un lugar ni un estado de ser, es un camino, un camino que no tiene fin. Se está andando en él o se está fuera de él. No hay más. La libertad es una forma de vida; ese es mi credo.

Me prepara un taza de café. Charlamos sobre cómo fueron confiscados en España unos rollos de la película. Que sus ayudantes, el «cameraman» y el encargado del sonido fueron expulsados del país... Antes de despedirnos saca un librito de poemas de Antonio Machado y, a propósito de mi última pregunta, me lee estos versos de don Antonio:

Caminante, no hay camino, se hace camino al andar. ■